

7. Corazón misericordioso de Jesús

Corazón misericordioso de Jesús: toma la impureza de mi espíritu y purifícala con los ríos de tu gracia; gracia que es derramada en abundancia, para todas las almas de corazón arrepentido. Corazón misericordioso de Jesús: toma la oscuridad de mi pasado e ilumínalo con tu luz; luz que resplandecerá en medio de la oscuridad que cubre mi vida; porque hoy reconozco que el pecado me desfigura, me opaca. Corazón misericordioso de Jesús, toma mis debilidades y fortaléceme, porque eres mi soporte, mi estandarte en el cual puedo apoyarme para no caer, no desplomarme.

Corazón misericordioso de Jesús: toma mi corazón herido, desmoronado y acércalo al tuyo para que lo sanes, lo restituyas.

Corazón misericordioso de Jesús: toma el desierto que hay en mi interior y transfórmalo en un manantial de aguas limpias; aguas que drenen todo mi ser: para ser refrescado, climatizado, para recibir tu amor, tu aliento divino.

Corazón misericordioso de Jesús: toma la amargura de mi corazón y dulcifícala con tu presencia; presencia que dará descanso a mi espíritu perturbado y conurbado.

Corazón misericordioso de Jesús: toma mi obstinación y mi testarudez y dame la docilidad de espíritu, para vivir en estado de gracia, en vida de santidad.

Corazón misericordioso de Jesús: toma mis ojos y purifica mi mirada; mirada que me lleve a descubrirte en el rostro triste, en el rostro sufriente.

Corazón misericordioso de Jesús: toma mis oídos y acrecienta decibeles de amor para escucharte, aún, en medio de mi vida borrascosa y tormentosa.

Corazón misericordioso de Jesús: toma mis manos y sumérgelas en las fuentes de tu perdón; manos que serán bendecidas por torrenciales de misericordia; misericordia que cae como lluvia copiosa del cielo.

Corazón misericordioso de Jesús: toma mis pensamientos y transfórmalos en pensamientos puros como los tuyos; pensamientos que señalen siempre al cielo. Cielo que me espera, para alabarte y glorificarte por toda la eternidad.

Corazón misericordioso de Jesús: toma mis labios y hazlos bellos como los tuyos; humedeciéndolos con el néctar de tu amor, para que siempre te bendiga.

Corazón misericordioso de Jesús: toma mis pies cansados, desgastados y adéntralos en las tinajas de tu pureza, para ser limpiados y siempre caminar en dirección tuya.

Corazón misericordioso de Jesús: toma mi vida y únela a la tuya, para hacer realidad aquellas palabras del maestro que dice: vengan a mí todos los que están cansados y agobiados que yo los aliviaré.

Corazón misericordioso de Jesús: te doy infinitas gracias, porque me has quitado ropas de pordiosero, para vestirme con ropa de reyes; ropas que me dan la entrada a tu reino. Reino adornado con las perlas preciosas de la misericordia y de la justicia. Amén.

Oración a San Miguel Arcángel

San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha. Sé nuestro amparo contra la perversidad y acechanzas del demonio. Que Dios manifieste sobre él su poder, es nuestra humilde súplica. Y tú, ¡oh, Príncipe de la milicia celestial!, con el poder que Dios te ha conferido, arroja al infierno a Satanás, y a los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas. Amén. (Oración a San Miguel Arcángel creada por el Papa León XIII)



**PARROQUIA DEL SEÑOR DE LA MISERICORDIA
DE UNIÓN DE SAN ANTONIO, JALISCO**

JUEVES DE CORPUS CRISTI ACTOS DE ADORACIÓN Y REPARACIÓN

Año del Plan Diocesano de Pastoral y del Despertar Católico
11 de Mayo del 2020

1. Heme aquí Jesús mío.

Heme aquí, Jesús mío, invención de amor. Adorando tu invención de amor.

Heme aquí, Jesús mío, adorando tu real presencia; presencia que es deleite para los santos ángeles y encanto para los santos del cielo. Heme aquí, Jesús mío, adorando tu corazón eucarístico. Corazón que se dilata ante mi presencia. Corazón que se abre invitándome a entrar. Corazón que destella luces de amor para encender fuego dentro de mi corazón. Heme aquí, Jesús mío, adorando las sagradas especies del pan y del vino. Manjar de ángeles que fortalece mi espíritu para no decaer. Manjar de ángeles que inflama mi corazón para adorarte, para reconocerte como mi señor.

Heme aquí, Jesús mío, adorando tu real presencia y en unidad con la iglesia triunfante, purgante y militante, porque sé que estás frente a mí. Sé que eres el mismo Dios vestido de sencillez, vestido bajo el delicado traje del pan consagrado.

Heme aquí, Jesús mío, adorando al Emmanuel, Dios con nosotros, prodigio de amor que cautiva; prodigio de amor que me seduce; prodigio de amor que se ha robado mi corazón y mis pensamientos; prodigio de amor que me eclipsa; prodigio de amor que me eleva por momentos al cielo; porque estando en el tabernáculo del amor, estoy en una de tus mansiones celestiales.

Heme aquí, Jesús mío, adorando tu misterio trinitario. Misterio que se me revela ante mis ojos, misterio que es camino que me conduce a tu reino. Reino que

hoy está frente a mí.

2. Reparamos, Señor.

Jesús, sé que estás frente a mí. Sé que tu mirada penetra mi corazón. Corazón que es escrutado. Corazón que es interpelado. Corazón que es amado. Jesús, sé que estás frente a mí uniendo cada parte fragmentada de mi corazón, sanando cada herida, llenando sus vacíos con tu suave oleaje, con tus duces susurros.

Cómo son los hombres de estultos, al no reconocerte en la simpleza del pan eucarístico. Cómo son los hombres de duro corazón, al no creer en tu invención de amor. Jesús, sé que estás frente a mí cubriéndome con tus besos y con tus abrazos.

Déjame, amado mío, limpiar las heridas de tu corazón con el ungüento sanador de mi oración.

Déjame, amado mío, romper con tu soledad; he llegado a tu trono de amor: para amarte por los que no te aman, para adorarte por los que no te adoran y para glorificarte por los que no te glorifican.

Déjame, amado mío, postrarme a tus pies para rendirte el tributo que como Dios te mereces, para rendirte el mismo homenaje que tus santos ángeles te tributan en el cielo.

Déjame, amado mío, hablarte de corazón a corazón, utilizando un lenguaje de enamorados; enamorados que no necesitan expresar palabras para manifestar sus sentimientos, porque las miradas bastan.

Dulce ruiseñor, que eres melodía para mis oídos: reparo por la frialdad y la dureza de corazón, con que muchos de tus hijos vienen a visitarte. Perdónalos por

por sus extravíos; perdónales por su ignorancia; aún no os conocen.

Perdónales porque, aún, no se han dejado seducir por tu amor. Perdónales porque, aún, no se han abierto a escuchar tu voz; voz que resuena en sus corazones, pero el ruido interior impide que perciban tu dulce eco. Permitirme encanto divino, tomar las pulsaciones de tu sagrado corazón y hacerlas mías, de tal modo, que mi pobre corazón quede unido al tuyo y repare todo el desamor que recibes diariamente, da cada uno de tus hijos.

3. Cómo es posible, amado mío.

Señor, sé que estás aquí. Sé que legiones de ángeles te adoran. Sé que los santos del cielo te glorifican y cómo es posible, amado mío, que los hombres de la tierra seamos tan ingratos a tu magnificencia de amor. Cómo es posible, amado mío, que los hombres de la tierra se dejen seducir por el mundo; mundo que le presenta dioses falsos, dioses equívocos.

Cómo es posible, amado mío, que los hombres de la tierra aún no comprendan de tu real presencia en la sagrada eucaristía.

Eucaristía que es viático para el cielo. Eucaristía que el enemigo intenta desaparecer de la faz de la tierra, porque sabe que estás realmente allí. Porque sabe que, si los hombres se abren a tu amor, serán almas que se le escapan de sus manos.

Cómo es posible, amado mío, que los hombres de la tierra apetezcan las migajas del mundo y desperdicien los manjares del cielo.

Como es posible, amado mío, que los hombres de la tierra caminen como locos de un lado para otro, buscando novedades; cuando la novedad está en la sagrada hostia.

Cómo es posible, amado mío, que los hombres de la tierra prefieran la sabiduría del mundo a la sabiduría del cielo, que se encuentra escrita en tu misterio eucarístico.

Cómo es posible, amado mío, que los hombres de la tierra te desprecien, para caminar por sendas tortuosas; sendas que conllevan a la muerte espiritual. Gracias por llamarme a ser tu adorador del silencio

y unirme al Getsemaní de tu tabernáculo y aliviar el dolor a tu divino corazón.

4. El Milagro de los milagros.

Adorable Jesús, presente bajo el velo sacramental: te adoro con amor infinito, porque la benevolencia y dulzura de tu divino corazón, te llevó a quedarte eternamente en la sagrada hostia; y así, las almas no miden la magnitud de tu amor. Amor que supera la anchura del cielo, la longitud de la tierra y la profundidad del océano; porque una cortina de oscuridad cubre sus ojos al no percatarse del milagro más grande de los milagros que está en medio de nosotros.

La indiferencia, de estas almas, hiere tu corazón puro. Corazón que es un mar de misericordia, corazón que arde en sed insaciable de almas, corazón con varios aposentos predispuestos para cada uno de tus hijos, hijos que continúan lastimándote, porque la soledad de tu tabernáculo les agobia, no encontrando almas generosas que te visiten y te adoren.

Heme aquí que he venido a consolar tu triste corazón; toma mi respiración como una alabanza a tu divinidad. Toma mis miradas como calurosos destellos del sol que te acarician.

Toma cada palabra como poemas de amor; amor que se entenece, porque uno de tus hijos ha escuchado el tenue eco de tu voz, como un susurro de brisa suave que ha empapado la aridez de su corazón.

Heme aquí que he venido a llevarme tu tristeza; porque es injusto que Dios, infinitamente bueno, sea maltratado por nuestra incredulidad, al no querer aceptar que realmente sí estás oculto en tu misterio divino. Misterio de amor, para los corazones sencillos, pero misterio de contradicción para los corazones soberbios.

Heme aquí que he venido a unirme a la adoración celestial; pocas almas en la tierra te adoran, pero miríadas de santos ángeles entonan himnos de júbilo y de alabanza, porque te conocen como a Dios dueño y señor de todo cuanto existe.

Heme aquí, que me he dejado seducir ante tus galanteos divinos; fácilmente me moriría de amor, el día que venga a visitarte y no te encuentre, porque te has

robado mi corazón, me has cautivado con tus dulces encantos; no se vivir si no estás a mi lado; sin ti me perdería, como una gota de agua se pierde en la inmensidad del océano.

Sin ti, el sol dejaría de alumbrar. Sin ti el paisaje más hermoso pierde su colorido; porque eres mi eterno enamorado y es una necesidad el darme sin reserva, porque te amo.

5. Dolor profundo hay en mi corazón.

Pureza infinita que te has dignado descender del cielo para quedarte por años sin fin en el pan de ángeles. Vengo ante tu divina presencia para adorarte y reparar por los continuos vejámenes a los que continuamente estás expuesto del cielo para quedarte por años sin fin en el pan de ángeles.

Dolor profundo hay en mi corazón, porque sé que eres poco amado, sé que eres poco reconocido en el Santísimo Sacramento del altar.

Dolor profundo hay en mi corazón, al verte tan solo y abandonado; que raro que estés pagando por tu invención de amor.

Dolor profundo hay en mi corazón, porque tu sagrado cuerpo es lastimado, cuando almas indignas te reciben taladrando nuevamente tus pies y manos, produciéndote terribles sufrimientos.

Dolor profundo hay en mi corazón, porque pasas desapercibido para muchas almas; almas que creen que el cielo y el infierno se viven en esta vida, almas que piensan que todo acaba con la muerte.

Dolor profundo hay en mi corazón, al verte solitario y cautivo en el tabernáculo, por amor a todas las almas; pena hay en mi corazón, porque tu preciosísima sangre es inutilizada, infructuosos son tus sacrificios, y escarnecido y olvidado tu amor.

Hermosura angelical: ya que me has permitido unirme al dolor de tu divino corazón, te pido perdón por los que te ultrajan, perdón para la multitud de indiferentes y de ingratos, perdón por la inconstancia, imperfección y debilidad de los que te aman.

Acepta su mor, aunque lánguido; enciéndelo cada día más; ilumina las almas de los que no te conocen y ablanda la dureza de los corazones que te resisten.

¡Oh, Dios escondido!: Hazte amor en la tierra y déjate ver y poséeme para ser llevado al cielo.

6. Jesús, aquí me tienes

Jesús, dulce encanto de mi corazón. Jesús, Señor de mi alma. Jesús, barullo de ángeles: Heme aquí postrado, ante tu presencia eucarística, para amarte, para adorarte, para glorificarte en unidad con la iglesia militante, con la iglesia purgante y con la iglesia triunfante.

Heme aquí como tu vasallo; vasallo que se dona totalmente a ti, porque eres mi señor, porque eres el dueño de mi vida, porque eres mi creador.

Se que estás frente a mí; sé que me has llamado; se que me has sacado del ruido exterior y me has traído a disfrutar de tu silencio. Silencio que habla en la profundidad de mi corazón. Silencio que dulcifica el espíritu. Silencio que enaltece mi alma.

Me has traído para pedir por toda la humanidad. Humanidad ciega y sorda a tu presencia y a tu voz. Humanidad renuente a lo divino. Humanidad obstinada en el pecado. Humanidad ausente de ti. Te los presento, a ti Jesús eucaristía, para que tengas compasión de ellos. Te los presento, para que los hagas volver a tu camino. Te los presento, para que ablandes sus corazones. Te los presento para que destapes sus oídos y aprendan a oírte y a escucharte y te puedan sentir. Te los presento, para que les des sed de ti. Te los presento para que te reconozcan vivo y real en tu misterio, invención de amor.

Sé, Jesús Eucaristía, que el mundo yace en oscuridad, que muy pocos te aman y muy pocos quieren saber de ti. Pero aquí me tienes, rindiendo el homenaje que los hombres no te rinden. Aquí me tienes, entrelazando mi mirada con tu mirada, fundiendo mi corazón con tu divino corazón.

Aquí me tienes: recibiendo de ti, aprendiendo de ti; porque eres mi Tutor, eres mi maestro. Jesús eucaristía: te agradezco por haberte quedado con nosotros, te agradezco por no habernos dejado solos. Porque se que estás en mí y en todos lo que te aman.

Predisponme para estar siempre en ti y tú en mí. Amen.